

¿Quién teme a las universidades privadas? - El Economista - 26/02/2020

¿Quién teme a las universidades privadas?



Juan Santiago

Era un clérigo de moral intachable y muy querido por todos. Cuando murió, en su testamento legó a la Universidad de su ciudad una impresionante biblioteca de 400 volúmenes, así como la mitad de todo su dinero, que ascendía a 780 libras. Sus conciudadanos, conmovidos, decidieron poner a la Universidad el nombre de este gran benefactor, John Harvard. De esto hace casi cuatro siglos, y desde entonces la universidad más prestigiosa del mundo, ha producido 159 premios Nobel, 18 ganadores de la Medalla *Fields* (matemáticas) y 48 premios Pulitzer.

¿Hace falta añadir que Harvard es una universidad privada, como casi todas las que figuran en el ranking de mejores universidades del mundo? Acabamos antes si mencionamos las dos únicas que son públicas entre las veinte primeras: El Instituto Politécnico de Zúrich y la Universidad de Berkeley.

Después de Harvard, y esta vez en otro ranking, en el de los premios Nobel dados al mundo, se sitúan las universidades de Cambridge (96), Columbia (91), Chicago (90), Berkeley (90), MIT (87), Oxford (64), Stanford (64), Yale (57) y Cornell (54). Todas ellas universidades privadas, excepto Berkeley. Tanto en materia de excelencia educativa como en investigación y desarrollo científico, las universidades privadas han sido históricamente las principales protagonistas, en proporciones abrumadoras.

¿Y en España? ¿Tienen las universidades privadas la misma consideración y prestigio que exhiben en el plano internacional? Pues más bien no: existe un prejuicio demasiado extendido que identifica a las universidades privadas españolas con centros donde acuden los hijos de familias ricas que no han obtenido nota suficiente para entrar en la universidad pública, y donde recibirán innecesariamente un título por el mero hecho de pagar los altos costes de la matrícula. Entonces, ¿por qué todo lo que tienen de excelente las universidades privadas americanas o británicas se convierte en despreciable en las privadas españolas?

La primera Ley que autorizó el funcionamiento de universidades privadas en España data de hace apenas 27 años, ya que fue promulgada en 1993. Antes de esa fecha, en España solamente existían universidades públicas, desde tiempos seculares, o universidades confesionales, desde el Concordato con la Santa Sede de 1953.

La historia de las universidades privadas en España acaba de empezar y estamos lejos de la madurez alcanzada en Gran Bretaña o Estados Unidos, donde llevan siglos funcionando.

Aunque tampoco lo anterior significa que en estos años las universidades privadas españolas hayan perdido el tiempo: han conseguido captar más de un cuarto de millón de alumnos (el 16% del

total de estudiantes superiores en España) y se han implantado, a pesar de la competencia casi gratuita de la pública, en la formación *online* (donde su cuota de mercado supera el 30%) y en captación de alumnos extranjeros (donde tienen un porcentaje de alumnos cuatro veces superior a la pública).

Todo esto es lo que hace, al parecer, que las privadas sean miradas con temor desde las públicas, algo contradictorio con el aparente desprecio que inspiran en las altas esferas de la educación estatal. Porque si fuera cierto que las privadas viven de los rebotos de las públicas, estarían actualmente en trance de desaparición: en España quedan vacantes todos los años el 20% de las plazas ofertadas por las 50 universidades públicas existentes, debido a la persistente caída de la natalidad.

Capacidad de adaptación

Si sobran ya plazas en las universidades públicas, lo que les ha hecho reducir drásticamente las notas de corte para los aspirantes, ¿de qué demonios viven y florecen las privadas, que son mucho más caras? Sin duda, de su mayor capacidad de adaptación a la realidad circundante, al mundo del trabajo y a las nuevas tecnologías, adaptación que es obligada cuando operas en libre competencia. Pero siempre quedaría, para las públicas, el as en la manga de la Investigación, competencia exclusiva donde las privadas no tendrían nada que hacer. ¿O sí?

La Ciencia española ha sido históricamente lo más parecido a un páramo, y por eso los más grandes científicos españoles, como Severo Ochoa, Santiago Grisolia o Valentín Fuster han desarrollado casi todas sus carreras profesionales fuera de España, habitualmente en Estados Unidos o en Reino Unido. ¿Por qué? Actualmente, el salario medio anual de los profesores de las mejores universidades privadas norteamericanas oscila entre 180.000 y 240.000 dólares, una horquilla en la que están los profesores de Stanford, Harvard, Yale, MIT o Princeton. Si se trata de eminencias en el terreno investigador, capaces de lograr un premio Nobel, su retribución se dispara muy por encima de las cifras citadas.

En ningún sitio se dice que la vocación de los científicos les deba obligar a una vida de sacrificios y privaciones, así que acuden donde su trabajo es más valorado y mejor pagado, dos cosas que en España hasta ahora no han sucedido, y que en cambio sí suceden en las universidades privadas de Estados Unidos y de Reino Unido. Y también puede ocurrir en las universidades privadas españolas si cuentan con el tiempo necesario para su desarrollo e implantación. La Ciencia española solamente podrá tener un futuro halagüeño si nuestros mejores cerebros trabajan e investigan en ellas.

Espereemos que a las universidades privadas españolas se les permita el margen de confianza necesario para cumplir ese objetivo.

Presidente de la Asociación de Centros Autónomos de Enseñanza Privada